

¡Cuotas No! El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM

Marcela Meneses, México, Programa Universitario de Estudios sobre la Educación Superior, 2019

El trabajo de Marcela Meneses —joven investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)— puede ser catalogado como uno de los mejores ejercicios interpretativos del conflicto que paralizó una de las universidades más importantes de América Latina durante más de nueve meses. Después de veinte años de aquellos acontecimientos, Meneses hace una necesaria evaluación de aquellas jornadas, partiendo de la constatación de que la movilización ha permanecido en la cúpula universitaria como un verdadero «secreto de familia». Ello contrasta y así lo hace notar desde la introducción, con otros momentos de tensión, que han tenido a la universidad como su epicentro, siendo el caso más evidente el del movimiento de 1968 que ha sido integrado plenamente en la narrativa oficial de las élites universitarias. Frente a este ejemplo en donde el movimiento es presentado como reivindicable plenamente en sus dimensiones civilistas, pacíficas y de víctima permanente de la represión; el de 1999 es simple y sencillamente imposible de ser procesado en los códigos, discursos y narrativas de las élites universitarias. El porqué de esta situación es el corazón de la obra que reseñamos en esta ocasión.

El primer capítulo sirve como gran contextualizador. Se ubican los referentes principales, los acontecimientos que rodeaban la movilización estudiantil, así como los grandes marcos interpretativos que, no se puede dejar de anotar, difieren radicalmente de los actuales. La investigadora de alguna manera orienta lo que después aparecerá como un eje explicativo de la actuación (los «errores y horrores») de un movimiento que respondía a una condición de exclusión, pero que él mismo era, en su composición y actuar, parte de ella: la radical depauperización de un conjunto de sectores de la sociedad que no podían sino sentir rabia, impotencia y enojo ante una realidad que se les presentaba como degradante y en cuyo porvenir solo se aseguraba más de lo mismo. Esta idea es muy importante y, de hecho, se mantiene como escenario explicativo de muchas de las conductas, acciones y tomas de postura que asumió el movimiento estudiantil. La sociedad mexicana tenía en sus des-heredados universitarios a unos jóvenes rabiosos, deseosos de revancha frente a unas élites que ni los comprendían ni los querían entender y en oposición directa de un sistema político al que no entendían, que tampoco querían entender y al que solo podían conceptualizar en grandes trazos como un gran enemigo. La suya

era, desde su punto de vista, una verdadera cruzada contra todo el poder que conspiraba para despojarlos aún más.

La acción que realizaron los jóvenes universitarios —en un rango de los 14 a los 35 años— estuvieron marcadas, además de la inexperiencia política de la mayor parte de ellos, por las principales referencias tanto positivas como negativas con las que tenían contacto. De las primeras destaca la presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; en las segundas el Partido de la Revolución Democrática y sus cada vez más débiles vínculos estudiantiles. Temporalmente, además, coinciden con las primeras manifestaciones de lo que durante un tiempo se conoció como movimiento *globalifóbico*, cuyo origen se dio en las protestas ocurridas en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio. El rastreo que hace Meneses de las distintas corrientes al inicio del movimiento de huelga bien podrían disponerse a partir de su referencia a ambos actores de la vida política nacional y con un vínculo declaro con aquellos que se oponían, en cualquier lugar del orbe, a la globalización del despojo. Las corrientes que tienen una identidad diversa pero que actúan conjuntamente en el transcurso del movimiento, sin embargo, van perfilando horizontes distintos, en donde la convivencia plural de tendencias se anula y se da paso a un escenario de «todos contra todos», que devendrá en una escisión cada vez más evidente.

La autora nos entrega una descripción detallada de los acontecimientos que se fueron encadenando hasta el 20 de abril de 1999 cuando la UNAM se paraliza en su mayor parte; pero también de lo que sucedió desde esa fecha y hasta el 6 de febrero, día en el que se lanza una escalada represiva que rompe definitivamente el escenario de la confrontación y anula a un actor, al destruirlo en su único sentido unificador, es decir, mantener la huelga. Todo ello, sin embargo, no se hace con un fin meramente descriptivo, sino con la finalidad de construir una trama de significación en la que la dicotomía amigo-enemigo toma diversas formas.

Es esta la opción que Meneses desarrolla le permite ir reconstruye con un orden y un sentido claro numerosos hechos que en el despliegue aparecen como inconexos o dispersos. De las purgas internas al rechazo de la propuesta de los profesores eméritos, de los alambres de púas a las «consultas» a la población, de las movilizaciones en el Periférico a la pérdida de instalaciones hacia el final de la huelga; todos estos hechos pueden ser comprendidos a partir de un conjunto de razonamientos en los que la pureza política demarca al amigo del enemigo.

Es claro que algunos de estos momentos son más significativos a la luz de dos décadas. Así, por ejemplo, la propuesta de un grupo amplio y plural (con muchos problemas internos, por lo demás) de profesores eméritos, gana un espacio relevante, al ser un gran momento

de quiebre, en donde las partes definen sus estrategias maximalistas, perdiéndose la oportunidad —quizá la única— de recomponer los vínculos y mediaciones entre estudiantes y autoridades. Otros, menos significativos a la distancia, sin embargo, guardan gran peso en la memoria de los huelguistas: el asalto a las instalaciones de investigación de humanidades, la toma del estadio, la trifulca tras una marcha en Periférico, la acción violenta desconcertante y autonomizada de un grupo frente a la embajada estadounidense; estas, entre otras, expresan bien la forma específica que los participantes construyeron a su enemigo.

Una generación que había vivido la precariedad del neoliberalismo y cuyo destino no podía ser más que una profundización de esta, se enfrentó a la necesidad de hacer política y en el transcurso de este trayecto optó por clausurar todo análisis político. En el entendimiento de la mayoría de los huelguistas no existía una dimensión procesual o conflictiva del orden social, este era un todo homogéneo, sin fisuras, sin relaciones de fuerza entre actores diversos o eslabones débiles. Clausurado el análisis político se optó por el tono melodramático de su acción: un nosotros, el de los desheredados y precarios contra los *dueños del dinero*, es decir, los empresarios, los gobernantes, todos los políticos y las autoridades universitarias de todo nivel. En esta polarización en donde la política —es decir, la construcción de alianzas a partir de una evaluación racional de las contradicciones entre los diversos agentes— quedaba relegada, lo importante era quien se ubicaba del lado correcto de la historia, quien era lo suficientemente puro para aguantar la tentación de la negociación.

Negociación y traición quedaron tramadas, tanto en la disposición de una lectura de movimientos anteriores, como en una parte significativa del programa de acción. Si la negociación era impensable solo quedaba el tensionar la relación de fuerza a partir de la «acción contundente». Esta era la muestra más fehaciente que en un mundo corrupto por la acción del dinero, el movimiento de huelga resistía. Era, también, la prueba más contundente de que nadie podía (o debía) traicionar una línea que se consideraba de pureza. Es el tono melodramático que Bruno Bosteels ha señalado como una continuidad dentro de la izquierda mexicana desde 1968, en cuyo contenido se encuentra la moralización de la política, a partir de la operación central que consiste en la reducción esquemática entre bueno/malo.

Si en la construcción del enemigo el movimiento moralizó a partir de la idea de que del lado de las autoridades existía una gran conspiración que articulaba a los medios de comunicación que los estigmatizaban, el presidente que los amenazaba, pasando por los partidos de distintos signos políticos que buscan controlarlos; esto

se acompañó de un momento intermedio, que resultó aún más catastrófico en la lógica interna del movimiento. Se trata de la construcción del enemigo-traidor, es decir, del ex aliado que devino en oposición sobre el cual había que pasar por encima: golpeándolo, quitándole derechos, expulsándolo y denigrándolo tal como se hacía con el movimiento mismo. Es este uno de los momentos más significativos, pues da pie a la aparición de los tres grandes bloques: *la mega-ultra*, *la ultra* y *la moderada*. Más allá de la incoherencia ideológica o la diversidad organizativa, lo cierto es que estas regiones del movimiento operaban siempre a partir de una concepción de pureza. Si asumimos, con Lenin de por medio, que en la *aritmética política los números no suman igual*; podríamos decir que, con el movimiento del 99, todo número era equivalente y cualquier operación era una trampa en donde se perdía (vía la traición y la negociación). No había política posible: era todo o nada.

A este conjunto de problemas se debe sumar, inevitablemente, que el actor u opositor jugó sus cartas y arremetió violentamente, haciendo oídos sordos y provocando a los sectores más irracionales. Estos ganaban terreno ante cada acción represiva, ante cada denostación mediática y, sobre todo, cuando lograron quedarse asilados, mostrando que eran los verdaderamente «puros». Gran parte de los «errores y horrores», sin duda, fueron provocaciones por parte de los diversos niveles de poder, ya fuera por la vía de la represión, ya por la cerrazón. La construcción del enemigo con un formato maximalista tenía sentido, particularmente a partir del momento en que se renunció a cualquier opción de negociación.

Dos décadas después la lectura de un texto como el que ahora reseñamos no puede sino contrastar con los nuevos formatos que han asumido las movilizaciones al seno de la universidad. Sus códigos, lenguajes y referentes han cambiado y la ruptura con los que se desplegaron en 99 es demasiado evidente: aquel era un movimiento universalista, sostenía una organización centralizada, visible, que reclamaba un cariz público y sobre la cual se podía seguir puntualmente su discurso y acción; un movimiento que rechazaba el tono *securitario* y apelaba a la disolución de aparatos como el Tribunal Universitario; la cotidianidad se construía a partir de la brigada, el mitin y la marcha. Hoy, en un contexto diferente y con banderas diversas, todo esto aparece como incomprensible, conservándose, quizá, solo el tono melodramático que escinde entre buenos y malos.

Finalmente, el uso de los conceptos y referentes teóricos de Meneses expresa bien el proceso de una joven investigadora que, además del seguimiento puntual de acontecimientos y hechos, cuenta con una concepción adecuada y coherente. De Adolfo Gilly a E. P. Thompson, de Carl Schmitt a Ervin Goffman, la caja de herramien-

tas de la socióloga trabaja satisfactoriamente con testimonios que expresan la pluralidad que habitaba todos los rincones de la movilización. Dato, concepto y testimonio se conjugan de una forma adecuada, entregando un texto breve, de amable lectura y, sobre todo, pertinente. En tiempos de crisis universitaria un libro como este nos permite recordar senderos ya recorridos, pero también observar las radicales transformaciones al seno de las movilizaciones. Más importante aún, que la crisis que

produjo aquel estruendoso «secreto de familia» no se resolvió plenamente y estalla en aquellas comunidades que fueron abandonadas, dejadas a su suerte y arrinconadas premeditadamente, en un proceso de descomposición que no existía en 1999.

Jaime Ortega
Universidad Autónoma de México-Xochimilco